

Monodorífico

Mi padre solía llevarme a la playa a pescar. No me gustaba para nada el olor, era asqueroso, y en ese entonces no me atrevía a terminar con la vida de tales pececitos. Eso era así a los 6 años. Un año después, pasó algo que marcó el resto de mi vida: una fiebre, una intensa fiebre casi rozando los 40°C, no quería comer ni ver algo comestible. Mis energías habían desaparecido. De alguna forma me recuperé. Mi madre me preparó una de sus deliciosas sopas, pero entonces me percaté de que no podía sentir su olor. ¿Cómo? ¿Por qué? Nunca lo pude averiguar. De hecho, nunca pude sentir olor alguno nunca más. A partir de ese evento comencé a pasar más tiempo de calidad con mi padre. Actividades que antes detestaba comenzaban a integrarse a mi persona gracias a mi condición. Empecé a ver esta carencia como una bendición. Quiero decir, solo sucedió que no percibía olores ¿verdad?. Maldigo cada diminuta célula de mi ser pensar esta ingenuidad.

A los 14 años, yo ya gozaba de una decente vida escolar: calificaciones promedio y buena vida social. Entré a esa época de la adolescencia donde comenzaba a quedar con mis amigos para salidas y tal; nada fuera de lo común. Para entonces mi padre tenía turnos nocturnos en su trabajo de mecánico, así que él permanecía dormido para cuando yo me despertaba y tomaba el bus para ir a la escuela. Abrí y cerré la puerta de mi casa y tuve un día normal en la escuela, mas al regresar solo quedaron escombros que recibieron mi llegada: una fuga de gas, mientras mi padre dormía. No pudo haber sido después, pues mi padre lo habría notado ya despierto. Mi madre se había quedado a dormir en la casa de una amiga como todos los jueves. Mi padre murió quemado. Por mi culpa. Pero mi madre no pensaba lo mismo.

Pese a tal fatídico error mío, ella nunca me culpó por nada. Después de todo lo que sucedió, ella supo salir adelante cuidándome. Por otra parte... yo... Solo vivo mi día a día tratando de recordar y mantener vivas las cosas que me fueron enseñadas por mi viejo. Me volví un contador y ayudo a mi madre con lo que puedo, monetariamente hablando. Tengo algunas salidas al mar en las cuales permanezco un rato estático sintiendo la brisa contra mi rostro, recordando un poco la sensación que tenía cuando era traído por mi padre aquí. Mi pena por los peces desapareció conforme crecía, así que consumo ceviche de la zona a montones.

Todas son cosas que están relacionadas con mi viejo. Más ahora... comienzo a creer que, que me quedé estancado con lo que hacía antes no es algo que él querría para mí. Creo que es hora de que yo, Bam, a la edad de 22 años, comience a seguir adelante.

Pero está bien, no necesitas sentir pena. No es el relato de un héroe caído ni mucho menos. Después de todo, esta es solo la historia de un hombre sin importancia, el cual solamente no pudo oler nada nunca más.

Antonella Altuna Villar
Quinto de Secundaria